

COLECCIÓN

LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LA OFICINA DE PREMONICIONES

UNA HISTORIA REAL

SAM KNIGHT

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *The Premonitions Bureau*

© Sam Knight, 2022
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2026
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-41-2
DEPÓSITO LEGAL: M-15256-2026
CÓDIGO IBIC: DN
MAQUETACIÓN: Pack Up
IMAGEN DE PORTADA: De la reyerta
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

I	11
II	75
III	129
IV	165
EPÍLOGO	225
AGRADECIMIENTOS	227
ÍNDICE DE IMÁGENES	231

Para Polly

I

La escuela de música se encontraba en un adosado común y corriente, en una de las arterias principales que salen de Londres en dirección norte. La fachada presentaba un revestimiento de guijarros idéntico al de la casa de al lado; había visillos de encaje y rosales pulcros y cuidados debajo de los ventanales en saledizo. Un arco de ladrillo rojo enmarcaba la puerta, a cuya izquierda colgaba una placa negra con letras de oro en tipografías variadas:

SRTA. LORNA MIDDLETON

MAESTRA DE PIANOFORTE &

BALLET DANZA

69, CARLTON TERRACE — NEW CAMBRIDGE ROAD

Casi nadie la llamaba Lorna. Firmaba las cartas como Kathy o Kay, por su primer nombre de pila, Kathleen. Para casi todos sus conocidos era la señorita Middleton. Con sus manos pequeñas, tocaba maravillosamente el piano. Tenía el pelo oscuro y ondulado, dientes de conejo y un marcado acento de Nueva Inglaterra; atributos que, combinados con cierto grado de magnetismo personal innato, la convertían en objeto de fascinación en el Edmonton de posguerra. Sus discípulos se incorporaban a sus clases con tan sólo tres o cuatro años. Muchos la recordarían como una figura peculiar durante el resto de su vida.

La señorita Middleton nunca se limitaba a entrar en una habitación o quedarse inmóvil sin más. Ella se movía. Posaba. Aseguraba que la programación de su escuela tenía bastante en

común con las clases del Trinity College, el Guildhall y la Royal Academy. En cualquier caso, las lecciones de danza arrancaban con el gesto de enrollar la alfombra del salón y retirar las sillas para que no estorbasen mientras seis chicas y, de vez en cuando, un chico se distribuían y encontraban un sitio para practicar el *port de bras* apoyándose en una estantería. La señorita Middleton tocaba el piano dándoles la espalda a sus discípulos, girando en un taburete. El mobiliario a su alrededor era oscuro y, hasta cierto punto, distinguido. Había un sofá de cuero con tachuelas de latón debajo de la ventana, una nota de riqueza heredada que no terminaba de casar con las reproducciones baratas de jinetes y tímidas bellezas dieciochescas de las paredes ni con el aviso que advertía sobre clases perdidas y retrasos en los pagos, pegado con celo al cristal de una vitrina. En el vestíbulo, el siguiente grupo aguardaba en las escaleras, tratando de no invadir el campo de visión de Annie, la menuda y fiera madre de la maestra, antaño gran belleza y, según los rumores, también cortesana en París.

La señorita Middleton llamaba a sus alumnos «los Alegres de Carlton». Varias veces al año, montaba unas ambiciosas funciones escolares que le provocaban mucha ansiedad. Annie confeccionaba trajes mientras ella ensayaba las obras con hasta cuarenta niños, así como un *ensemble* que interpretaría el grupo al completo, quizá una comedia musical, género que consideraba su gran pasión. Durante los preparativos, a los Alegres de Carlton se les recordaba —varias veces— que había hecho carrera en la danza. El salón del número 69 de Carlton Terrace, de hecho, estaba salpicado de programas con las fechas escrupulosamente eliminadas, además de un recorte de periódico de cuando bailó en el Boston Common ante una multitud de cincuenta mil personas o una fotografía de una joven ejecutando un *grand jeté*, obra de un tal «Bruno de Hollywood».

Los detalles brillaban por su ausencia. Sus discípulos compartían la sensación de que algo grandioso nunca terminó de suceder y la certeza —que iba fraguándose con el tiempo— de que

las ambiciones de la maestra excedían las suyas propias. A menudo, el camino de la señorita Middleton y los de sus alumnos se separaban en cuanto estos últimos alcanzaban la adolescencia y dejaban de tomarse en serio las clases. A su vez, a los chicos les llamaba la atención no ver casi nunca a la profesora fuera del salón del número 69 de Carlton Terrace. Circulaba el rumor de que quizá exageraba o fingía su acento americano. Nadie se la había encontrado nunca haciendo la compra en Edmonton Green. Aunque estaba lejos de ser una anciana (era en verdad imposible determinar su edad), saltaba a la vista que sus grandes esperanzas reposaban ya en el pasado, que sus sueños más auténticos habían quedado en agua de borrajas.

Años más tarde, mecanografió una lista con sus instrucciones para impartir clases de música. No quedaba claro el perfil del lector potencial. La regla número cinco iba dirigida a los alumnos: «No tocar de oído». La número siete era un consejo pedagógico: «Las octavas se deben enseñar lo antes posible». Muchas de las reglas eran más bien meras observaciones o ruegos:

12. Tocar con la mayor corrección y lo mejor posible, teniendo en cuenta que la maestra puede sufrir una jaqueca y perder la paciencia y el alumno también.

22. Recordar la historia de la discípula que usaba guantes para practicar.

26. No empeñarse en repetirlo todo.

★

Un frío día invernal, cuando la señorita Middleton tenía siete años, volvió de la escuela y se quedó mirando a su madre, que freía los huevos para el almuerzo en la cocina. «Al cabo de un

par de minutos y sin previo aviso, un huevo se levantó solo. Subió y subió hasta casi tocar el techo», escribió en unas memorias autopublicadas en 1989. Emocionada por aquella imagen, regresó corriendo a la escuela para contárselo a sus amiguitos. «Cuando ya había repetido el episodio mil veces, los niños esperaban que yo alzara el vuelo y desapareciera entre las nubes», reconoció. Annie, sin embargo, estaba preocupada. Fue a consultar a una pitonisa que le contó que un huevo volando era el augurio de una muerte cercana. Al cabo de un par de semanas, una de sus mejores amigas, recién casada, falleció y recibió sepultura ataviada con su vestido de novia.

«No puedo explicar ni lo que sentí entonces ni lo que siento ahora», escribió la señorita Middleton. A lo largo de toda su vida experimentó premoniciones de diversa índole. Comparaba la sensación con la de saberse las respuestas de un examen de ortografía. Se le aparecían nombres y cifras. «Me siento atraída hacia los acontecimientos a través de algo que recuerda a un resplandor», escribía. «Una bombilla eléctrica». Con once años tuvo la necesidad irresistible de ponerse en contacto con su profesor de piano, un joven alemán que había pasado una temporada hospitalizado por un trastorno nervioso. Tras persuadir a sus padres para que lo telefonaran, descubrió que se había envenenado en su apartamento. «Probablemente, intervino el destino y era el momento de su muerte. Aun así, no me sacaba de la cabeza la idea de que, si hubiese conseguido hablar con él, habría venido a casa a cenar y podría habernos contado sus problemas», razonaba. La señorita Middleton, hija única, percibía un mundo particularmente sensible y legible para ella. «Todo sucede tal y como sé que sucederá», le escribió a una prima. Su madre le rogó que dejara de anunciar acontecimientos.

La señorita Middleton consideraba su niñez como la época más feliz de su vida. Le gustaba rememorar el «caserón de doce habitaciones» donde vivían y que a su padre le habían ofrecido

«un cargo» en Estados Unidos. La verdad era más modesta. Annie y Henry, sus padres, eran ingleses. Henry procedía de una familia adinerada, dueña de un negocio de fabricación de muebles y de treinta propiedades en Islington y Hackney, en el norte de Londres. Annie era de Liverpool y tenía cuatro hermanos. Ambos se conocieron en París poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial y zarparon a América en un navío llamado *Bohemia*, suscitando algo así como un pequeño escándalo (Annie dejaba en Francia un hijo muy pequeño). En Boston, donde nació la señorita Middleton en 1914, Henry trabajó en los muelles del norte como maquinista en una tienda de productos enlatados famosa por su paté de jamón. Se instalaron en Dorchester, en las afueras de la ciudad. A instancias de su madre, la niña recibió clases de piano, de danza y de elocución. Tuvo una profesora de ballet rusa y estudió en un instituto progresista donde aprendió tanto a diseñar vestidos como a reparar coches y radios. Su amiga Gloria Gilbert hizo carrera en Hollywood, donde era conocida como «la peonza humana» debido a sus giros. Pero, en 1933, cuando el padre se quedó sin trabajo, la familia, hostigada por las deudas, atravesó el Atlántico en sentido contrario.

El regreso a Inglaterra fue una humillación. Carlton Terrace era una calle de peleteros, cortadores de papel y carpinteros, unos calmos dominios suburbanos que nada tenían que ver con París ni con Hollywood y, para colmo, lejos del resto de los Middleton. Con cincuenta años, a Henry le salió trabajo como tornero. Las posibilidades no hacían más que estrecharse. Aunque la señorita Middleton se presentó a las pruebas del teatro Sadler's Wells, no pudo pagar la matrícula. Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, trabajaba como profesora de danza en el Prince's Dance Hall, a un par de kilómetros al norte de Londres, en Palmers Green. Bajo la luz de una vela, recibía clases de piano de un organista llamado «señor E. A. Crusha», en una casa cuyas ventanas habían estallado en un ataque aéreo.



Una noche de un sábado de marzo de 1941, la señorita Middleton se preparaba para salir por primera vez desde el inicio del *Blitz*, el otoño anterior. Se celebraba una fiesta con motivo del día de san Patricio en el Prince's Hall. La sala estaría abarrotada de gente conocida. Habían sonado las sirenas y se oía el murmullo de las bombas, pero ella estaba decidida a no perderse la cita. Y estaba a punto de salir cuando una amiga llamó al timbre. Tras debatir si sería o no seguro ir, la señorita Middleton convino arriesgarse.

Acababan de ponerse en marcha cuando experimentó lo que más tarde describiría como «una sensación extrañísima». Agarró a su amiga del brazo, volvieron a casa y se entretuvieron jugando a las cartas con Annie. Mientras, a las ocho cuarenta y cinco de la noche, un bombardero alemán, alcanzado por el fuego antiaéreo, descargó su carga explosiva sobre Palmers Green. El Prince's estaba lleno a rebosar. Una chica de dieciséis años llamada Wyn que estaba allí con unas amigas, admirando a las parejas de bailarines que hacían piruetas frente a ella, sintió una fuerte racha de viento en el momento en que el lateral del edificio se vino abajo. «No se oía nada. Fue cuando cayó la bomba», contó en una entrevista a la BBC. «Todo se quedó a oscuras». Un marinero ordenó a gritos que la gente se pegara a las paredes. A Wyn la sacaron de entre los escombros. A los heridos los dejaban en la acera. Sólo hubo dos muertos. Sin embargo, fuera del teatro, en Green Lanes, un trolebús quedó atrapado en el meollo de las explosiones. El bombero George Walton llegó en cuestión de segundos y subió al vehículo, que se dirigía a Southgate Town Hall. En el interior, cuarenta y tres pasajeros muertos, sentados, de pie, leyendo la prensa, esperaban su parada.

★

En la época del *Blitz* no era inhabitual creer que habías salvado la vida —o que tu vida había emprendido otro rumbo— gracias

a una premonición. Los paisajes urbanos destrozados y la posibilidad de la muerte convertían la ciudad en un lugar inquietante en el que no necesariamente era fácil determinar qué era real y qué existía sólo en la imaginación. Durante los bombardeos aéreos que se producían casi cada noche, los londinenses buscaban sentido y solaz donde pudieran hallarlos. Un bombero cuya labor consistía en estar pendiente de los proyectiles que caían del cielo y sofocar pequeños incendios, advirtió que cada vez que se lustraba las botas de goma se daba una noche mala. Así pues, se las ponía sucias.

En la primavera de 1942, una encuesta de Mass Observation, una organización de investigación social creada con el fin de registrar experiencias de la vida cotidiana en Gran Bretaña, sondeó a la población acerca de sus creencias en fenómenos sobrenaturales. Aproximadamente una cuarta parte de los encuestados afirmaba creer en lo esotérico en alguna de sus formas, más o menos la misma proporción de personas que creían en la vida después de la muerte. Muchos impugnaron la premisa de la pregunta y se planteaban cómo era posible distinguir lo mágico de lo que aún escapaba a nuestro entendimiento. «No sé dónde empieza lo “sobrenatural” y dónde termina lo “inconsciente”», respondió una maestra de cincuenta y un años de Barnet. Si bien ciertos fenómenos categóricamente espeluznantes —fantasmas, ectoplasmas— se catalogaban como propios del ámbito de lo sobrenatural, en la Gran Bretaña de mediados del siglo pasado había muy poco consenso en cuanto a cuestiones como la telepatía y otros fenómenos en apariencia comunes, como las premoniciones, que apuntaban a cotas desconocidas tanto de la física como de la mente. Una participante en el sondeo de Mass Observation escribió:

En ciertas ocasiones me embarga la intensa sensación de que algunos sucesos van a ocurrir. Sin un porqué, lo sé sin más. Algunas veces

esa sensación tiene una base lógica; otras, ninguna. Hasta hace poco no le prestaba atención ni me lo tomaba en serio hasta después de que se produjera el suceso. Ahora, en cambio, lo tengo en cuenta desde el principio y siempre acabo comprobando que ha pasado lo que yo esperaba.

En el verano de 1944, las bombas que empezaron a caer del cielo de forma aleatoria sustituyeron los horrores hasta cierto punto predecibles que desencadenaban los ataques nocturnos durante el *Blitz*. Los misiles alemanes V1, y más adelante los V2, atacaban a cualquier hora del día o de la noche. A muchos londinenses, tensos ya tras cinco años de guerra, estas bombas les resultaban más aterradoras que cualquier otro infortunio que hubiesen sufrido con anterioridad. Con el fin de confundir a los espías alemanes y a las tripulaciones que lanzaban los misiles en el norte de Europa, se transmitía a la prensa información errónea acerca de las horas a las que se habían producido los ataques. Costaba entender lo que estaba pasando. La ciudadanía elaboraba teorías sobre las áreas de la ciudad que eran o no seguras, si los proyectiles iban dirigidos contra objetivos concretos y si caían en racimo. «No pasé miedo en la guerra hasta que llegaron los misiles», recordaba en su entrevista con la BBC Wyn, la chica que había sobrevivido al bombardeo de la sala de baile. Un V2 destruyó una fábrica de uniformes militares en Edmonton, no muy lejos de donde ella y la señorita Middleton vivían. «Fue una suerte que ocurriera por la noche», declaraba Wyn. «Quedó totalmente arrasada». En 1946, Roland Clarke, actuuario de la aseguradora Prudential Assurance, que trabajó para la inteligencia militar estudiando los V1, publicó un artículo de un folio en el que detallaba su distribución por todo Londres y demostraba que, en los ciento cuarenta y cuatro kilómetros cuadrados del sur de la ciudad, los V1 cayeron de manera arbitraria, conforme a una fórmula matemática conocida como distribución de Poisson,

que ya en 1898 se había aplicado con idéntico resultado para calcular el número de soldados prusianos fallecidos por una coz de caballo.

★

A mediados de la década de 1960, la señorita Middleton, que cada vez tenía más gatos, llevaba casi un cuarto de siglo impartiendo sus clases en el salón de casa. Siendo ya septuagenarios, poco antes de morir, Henry y Annie habían heredado cuatro casas en Holloway, un barrio obrero del norte de Londres. En un momento dado, Les Bacciarelli, un inmigrante polaco empleado en Correos, se mudó a su casa. Bacciarelli, un antiguo amor de los tiempos de la guerra, se convirtió en compañero de vida de la maestra. Ella lo definía como «su inquilino».

Las premoniciones no habían dejado de moldear y cambiar el rumbo de su existencia. Tras la muerte de su madre, hizo caso de una que había tenido por primera vez siendo una niña: a saber, que el hijo que Annie había abandonado tanto tiempo atrás vivía en una bonita casa junto a un río en Francia. En 1962, con ayuda de la Embajada de Estados Unidos en París, finalmente dio con el paradero de su hermanastro, Alexander, quien, en efecto, vivía en una vieja casa a orillas del Sarthe, en el área suroeste de una ciudad pequeña.

Nunca llegó a ejercer de vidente, y todo apunta a que sus sensaciones no la perturbaban lo más mínimo. «No veo por qué este don habría de dar más miedo que el de estar dotado para las matemáticas», solía afirmar. Trazaba bocetos de visiones recientes que luego les enseñaba a sus alumnos de música, y en ocasiones se quejaba de la cantidad de información que recibía. «A veces agitaba una mano y decía: “Se acabó, apago el interruptor. Tengo muchas cosas que hacer. Muchísimas”», recuerda Christine Williams, una antigua discípula.